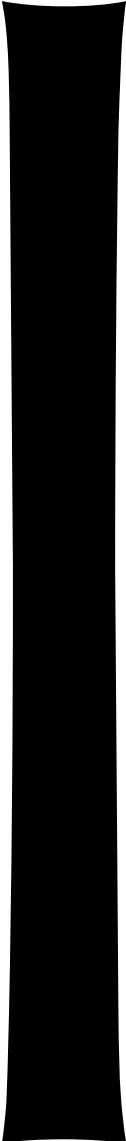


*A Javier,
a la memoria de su hijo
A la memoria de Jenaro
y Valentina*

a



*Todo lo que se pesa
Todo lo que se compra
Todo lo que se mide
Y que se cuenta
Lo habéis defendido como perros
Y todo se ha salvado ¡Todo!...
Pero habéis asesinado los sueños
¿Oísteis?
Habéis asesinado los sueños...*

León Felipe

e

Antes de la madrugada

En círculos concéntricos, como los reclusos
en el patio de la cárcel,
los yonquis deambulan despacio, abstraídos,
abismados,
en una suerte de calma chicha
que precede a la madrugada.
Ellos, hijos de la adicción y la neurastenia,
habitan un mundo a medio camino
entre la realidad y el delirio.
Allí donde la vida pende
de un hilo frágil, donde
la sola supervivencia legítima
extrañas actitudes
y dispone la suerte y el destino
de miles de súbditos
—esa diosa enajenada—
de la alucinación y la jeringuilla,
esa efigie fingida
que sólo se deja ver
en el gran viaje
—límite de dos mundos—
donde la vida queda suspendida,
antes de la madrugada.

El color de la mejilla

Sujeta como está
a grandes altibajos
–alma adicta de los arrabales–
no renuncia
a su rosado encendido,
color pleno de matices, fulgurante,
irrecuperable con pigmentos
y acrílicos.

Cambiante como las lunas
de un mes indeciso,
voluble
–cielo enmarañado de nubes–
su mejilla
surge tímida y se reconcilia
con un rojo púrpura,
color de clavel soleado
penetrante, casi dañino a la vista.

Luego desciende de su madurez
como el agua que,
en torbellino,
se desliza por el aliviadero.
Así se distingue una inquietud de otra
y así se mide la intensidad
de los deseos.

Ella, que ha advertido el ardiente
color de sus mejillas
-turbada luz en la cellisca-
se protege la cara con las manos
en un acto reflejo,
flor de primavera que agota
su último ápice de vida.

Aquel día llegó la noche
y desfiguró su memoria, allí,
en el alfoz donde ahora habita,
ciudad que se transfigura en un instante,
y va quebrando la vida
como un tallo frágil
en la tormenta